

en aquella doblaba la una cerca sobre la otra á manera de rebellin, por trecho de caarenta pasos; de manera que era tan fuerte que cuando hubiera quien lo defendiera, tuviera bien que hacer los castellanos en pasarla; paróse á considerarla, y fué gran rato mirándola por descubrir si habia alguna emboscada; y sabido el objeto de su construccion que era para dividir los términos de ámbas naciones, y defender los Tlaxcaltecas la entrada en sus tierras, entendió la opinion de valientes que tenian.... Mayor hubiera sido su admiracion si hubiera reflexionado que aquellos Otomies fidelisimos á los Tlaxcaltecas encargados de la custodia de aquel punto militar lo habian abandonado, ignorándose hasta hoy la causa de tamaño descuido.

Dentro de breve comenzaron las hostilidades por parte de los Tlaxcaltecas para contener la marcha de los españoles. Al subir una cuestezuela una partida de quince hombres armados de fuertes macanas de las que manejan á dos manos aparentando huir, llamaron sobre sí á los batidores de Cortés. Llegó este entonces con otros tres compañeros á caballo, y aunque mas voceó y señas hizo no se les fuesen sin tomar lengua corrió tras de ellos con seis caballos, y alcanzólos, y ya que estaban juntos, y remolinados con determinacion de morir antes que rendirse señalándoles que estuviesen quédos, se juntó á ellos pensando tomarlos á manos y á vida; pero ellos no cuidaron sino de esgrimir, y asi hubieron de pelear con ellos. Defendiéronse tambien un rato de los seis que hirieron dos de ellos, y les mataron dos caballos de dos cuchilladas, y segun lo dicen algunos fidedignos que lo vieron, cortaron de cada golpe un pezcuezo de caballo con riendas y todo, de que quedaron maravillados y atónitos los españoles. Esta célebre escaramuza hecha el 31 de agosto hizo concebir temor á los españoles que se les aumentó el 5. de septiembre en el punto de *Teóatzinco*, ó sea *lugar de la agua divina*. Fortificados allí los españoles el General Xicotencatl con dos mil hombres los asáltó en sus trincheras; allí pudieron ser facilmente destruidos los de Cortés, pero cuando ya se declaraba la victoria por los Tlaxcaltecas sobrevino una ocurrencia inesperada que les quitó el triunfo de las manos. El hijo de *Chichimecatl-Tecuhlli* que

comandaba las tropas de su padre habia sido injuriado (dice el padre Clavijero) por Xicotencatl; desafióle y no quiso aceptar el reto, mas por un efecto de venganza retiró en la mejor sazon las que mandaba, é indujo á que hiciesen lo mismo á las de Tlehuexolotzin que mandaba á las de Huexotzinco. Con retirada tan inoportuna se rehiciéron los españoles é hicieron una salida en orden, empeñándose de nuevo otra accion que duró cuatro horas: en ella murieron muchos Tlaxcaltecas cuyos cadáveres no vieron los españoles porque cuidaron de retirarlos: fueron heridos todos los caballos, y sesenta españoles.

Disgustado Xicotencatl con esta desgracia consultó á sus agoreros que le persuadieron atacase de noche á los españoles porque entonces les faltaba con la ausencia del sol el espíritu vital: resolvióse á ello, mas para no errar el plan de ataque mandó 50 espías ó exploradores que averiguasen la situacion del campo de Cortés; pero estos fueron descubiertos por *Teuch* de Zempoala de los que venian con los españoles, é instruido del hecho Hernan Cortés tuvo la crueldad de amputarles las manos, y remitirlos en este estado á los Tlaxcaltecas para que vieses como castigaba á los espías, diciéndoles que los esperaba de dia ó de noche, ó á la hora que gustáran de atacarlo. Cortés anticipó el golpe que queria darle Xicotencatl, pues en la noche de ese mismo dia trató de sorprenderlo en su campo atando porcion de cascabeles en los pretales y cola de sus caballos, y estos cencerros causaron no poca novedad en los indios no acostumbrados á oírlos, y menos en aquellas horas: se pusieron en fuga dejándole el campo, y contándose vencedor salió á hostilizar á los pueblos inmediatos de los que incendió diez, y uno de tres mil casas, y luego regresó á su real situado en *Teóatzinco*. La misma excursion hizo sobre *Zimpantzinco* lugar de veinte mil casas, á cuyos moradores tomó desprevenidos, y sobre los que hizo gran matanza: no se quien tuvo mas miedo en esta noche, si los infelices asaltados por el albazco que les dió Cortés, ó los soldados de este, pues cuando se dirigia para la sierra, y cuando apenas habia salido de su campo y habia caminado menos de una legua; los caballos de los que le acompañaban sufrieron unos torzones tan grandes que le tiraban al suelo, lo que tuvieron los españoles á mal:

agüero, de modo que fué necesario hacerlos revolver para el real. Al ser de día y hecho el estrago sobre los inermes habitantes de *Zimpantzinco*, Cortés subió á una altura para descubrir la tierra: vió una grandísima poblacion que lo admiró, preguntó que lugar era: digeronle que Tlaxcallan, y entonces dijo á los suyos..... mirad señores, de que nos habria servido acabar con los de este lugar (señalando a *Zimpantzinco*) habiendo tantos enemigos allí?.... y les mostró á Tlaxcallan. Marchó luego á la plaza del lugar donde habia una hermosa fuente, y donde encontró á los gefes que lo gobernaban los cuales le suplicaron que no les causase daño. Concibió por esto grandes esperanzas de hacer la paz con Tlaxcallan: regresó contento á su cuartel, y como el principio de su salida le anunciaba mal éxito dijo aludiendo á los torzones de sus caballos que les hacian augurar desgracias á los suyos.... No digais mal del dia hasta que sea pasado.... Como su bárbara soldadesca vivia en la época de los hechizos que creían á pié juntillas aun los que preciaban de sábios, y por otra parte habian visto que los Nigromantes de Tlaxcallan procuraron impedirles el tránsito, tendiendo hilos sobre los árboles para que no pasasen, no es mucho que estuviesen tan atemorizados. (1) Cortés era superior á estas patrañas que despreciaba, y tal vez tendria la dolencia de los caballos por algunas ventosidades de zorrillos que los atufan, y aun contienen en su marcha; tales son de apestosos y de fuertes en su ammoniaco de que abundan: es tal y tan fosfórico que al mear describen un arco de chispas eléctricas.

Por estos acontecimientos desgraciados para Tlaxcallan, el senado comenzó á pensar seriamente en la paz; pero el orgullo nacional se resentia de implorarla, y con mucha razon. Cortés la habia ofrecido, y por el no habia quedado: el senado queria atribuir la guerra pasada á demasias de los otomies; pero sus ejércitos habian sido mandados por generales de la república; Maxiscatzin siempre habia opinado por la paz, al revéz de Xicotencatl, el cual aun cuando se le ordenó que ya no obrase mas contra los es-

(1) *En el sitio de S. Gregorio hemos visto que el coronel D. Jose Ruiz de Navarra creia en dias aciagos. Si esto pasó en el siglo 19 ¿qué seria en el 16?*

pañoles decia al senado lleno de despecho.... dejadme darles á estos advenedizos una nueva carga para destruirlos; asi estuvo á punto de hacerlo cuando los atacó en sus retrincheramientos, y la esperiencia le habia hecho ver que eran vencibles, y capaces de temor y de fuga. Apesar de esto el senado le comprometió á que fuese el agente de la negociacion que tanto repugnaba. Presentóse en el campo de Cortés con numerosa y brillante comitiva: propuso que aceptaba la paz, y procuró esculpase con que presumia Tlaxcallan que se uniese Cortés á los mexicanos porque veia en su campo á sus enviados; es mas que probable que esto hubiese movido al senado á concertarse, pues si se repite el ataque anterior sobre los españoles fatigados, é instruidos los indios de su modo de pelear, tal vez habrian sido destruidos. Cortés no dejó de manifestarse sentido del estrago que habian padecido sus soldados, y principalmente los caballos que tanta falta le hacian: reconvinole sobre que se le habia engañado haciéndole creer que aceptarían la paz para meterlo en unas emboscadas y destruirlo; finalmente le despidió diciéndole que marcharia á Tlaxcallan, y que no iba luego porque aun le faltaba que despachar á los embiados de Mochtezuma que le acompañaban. Despues de este convenio todavia se mantuvo Cortés sin pasar á Tlaxcallan por espacio de ocho dias en su real, con achaque de esperar un enviado que mandaba á Mochtezuma, pero en realidad era porque temia mucho, y desconfiaba de la sinceridad de los Tlaxcaltecas. En este medio tiempo iban y venian de Tlaxcallan con los auxilios de viveres y cuanto necesitaban los españoles, y no cesaban de rogar á Cortés que marchase para la ciudad. Decianles que era vergüenza que habitasen en tan humildes chozas. Por último el dia 18 de septiembre de 1819 partió para Tlaxcallan donde acudió tal muchedumbre de gente, que como dice Chimalpain (cap. 51) no cabia por las calles y caminos ni de pies. Dejó cruces en el sitio donde habia campado, y su marcha fue en triunfo, pero en rigorosa ordenanza militar. Hospedóse en el templo mayor, y en otros aposentos colocó á los indios zempoales y demas amigos que le acompañaban. Recibió todo género de agasajo, y aun hubo muchos que les dieron á sus hijas para que de su raza naciesen hombres esforzados; á tal punto llevaban los Tlaxcaltecas

su aprecio del valor militar. Permaneció allí el espacio de quince días en los cuales procuró indagar los límites del país, sus costumbres y leyes, y cuanto convenia á sus miras políticas para sacar el mejor partido posible de una nación que veía como la base de su prosperidad, y medio para conseguir la total conquista de este continente á que aspiraba. En este periodo de tiempo pudo así mismo conocer la energía de las leyes de Tlaxcallan relativas á la seguridad de los bienes y personas, que es la suma de beneficios que se disfrutaban en una sociedad. Robóle un indio á un español un tejo de oro, dió aviso al juez, y fueron tales las pesquisas que se hicieron en su demanda, que apesar de haberse fugado á Cholollan, fué cogido y traído á la ciudad donde se le ejecutó en medio de la plaza pública en la picota, dándole un terrible golpe con una porra en la cabeza, y se devolvió lo robado. (1)

No se sabe á punto fijo que ritualidades se observaron entre Cortés y los señores de Tlaxcallan para concertar y garantir la paz que celebraron. En la estampa número 8 de la historia estampada que poseía en Veracruz el Brigadier de artillería D. Diego Garcia Panes, se lee la inscripcion siguiente.

(1) ¡Gran falta le hizo á este pobre diablo D. Luis Espino, ó sea Spes in livo para que lo defendiese! Este caballero que ha exigido la responsabilidad de los asesores que condenaron con su dictámen á muerte á tres ladrones de seis mil pesos (á pesar de que se les tomó el cuerpo del delito) parece que se ha propuesto autorizar el robo, y alentar á los perversos con sus escritos á que los multipliquen. El la echa de un profundo jurisconsulto, pero creo que no ha meditado sobre el séptimo mandamiento que dice.... No hurtarás, ni ha reflexionado que todas las naciones (como dice el sábio Pastoret) han castigado este crimen con la pena de muerte, persuadidos de la ineficacia de las demás penas suaves para contener á los ladrones. Confieso que mas me han escandalizado los escritos del sr. Espino, y la desfachatez con que ha insultado á los asesores y jueces, que las aventuras de Manotas, Vigotes, Cachetes y demás maleantes de que por nuestra lenidad estamos plagados.

La accion de las pazes que hizo Cortés con los cuatro señores que gobernaban la república de Tlaxcallan como aqui se representa, dicen que fué ante una cruz que el mismo Cortés les manifestó. Otros dicen que esta la enseñó á los cuatro principales generales *Calmecahua, Colhualca-Tecuhtli, Tecpanecatli, y Chichimecatli-Tecuhtli*. Aseguran asimismo que esta cruz era la misma grande de piedra que está en el pueblo de *Atlihuetzin* donde se cree que ajustaron las pazes, y que allí la halló Cortés como habia encontrado otras varias en diferentes lugares. No faltan quienes opinen que era de madera, y que está en el pueblo de *Totolác* en frente de la iglesia, primera recoleccion de padres franciscanos; finalmente otros creen que es la que está en la iglesia de S. Francisco *Ocotelolco*, aunque todos convienen en que Cortés halló una cruz de piedra. Lo mas verosimil es que está en el pueblo de S. Estevan donde dijo misa el clérigo Juan Diaz, el cual se hizo enterrar junto á la misma cruz, delante de la que fué la lucha del español Estevan, y un indio Tlaxcaltecatli en la que ambos quedaron muertos recibiendo antes el indio el bautismo, cuyo sepulcro permanece señalado.

Antes de continuar la relacion de lo ocurrido en Tlaxcallan por la venida de los españoles, no será inoportuno que examinemos el estado político en que se hallaba en aquella época. Aquel era el país donde mas se cultivaba la grana cochinilla que llamaban *Nochiztli*: este era uno de los principales ramos de su comercio que despues pasó á Oaxaca, no porque esclusivamente se coseche en aquella provincia, sino porque en la segunda los frailes dominicos sistemaron el modo de aumentar este artículo. Su pericia en el arte militar era sobresaliente: usaban en la guerra de ardes y emboscadas: peleaban en formacion rigurosa y obedecian la voz del que les mandaba exáctamente. El pendon militar era una águila de oro abiertas las alas que siempre caminaba detras del ejército; plantabanlo en el suelo para que todos le viesen y acatasen. Tenian dos saétas que guardaban como reliquia, y decian haber pertenecido á dos de sus primeros y mas antiguos fundadores capitanes que llevaban á la guerra dos señores principales: servianles para augurar la victoria. Tiraban una de ellas sobre sus enemigos en el acto de atacarse: si

con ella herian ó mataban á alguno presumian el triunfo, y para recobrarla hacian los mayores esfuerzos. Tlaxcallan contaba con veinte y ocho lugares principales, y 1500 soldados muy bien apuestos y decididos. La provincia era pobre, no tenían mas riqueza principal que maiz, y parece que de aquí viene la palabra *Tlaxcallan* que tanto quiere decir como *tierra de pan*; sin embargo á merced de su industria y sobriedad tenían lo preciso para vestir su desnudez, pagar sus contribuciones, y satisfacer las necesidades de la vida. Tenían varias plazas y mercados, y era el mayor el de *Ocotelolco* en que se reunían mas de 300 personas á trocar sus mercaderías, porque no conocían la moneda, y allí había mucha policia para arreglar sus contratos y se encontraba aun mas de lo que permitía la pobreza de la provincia. Había excelentes plateros, y plumageros en la ciudad: había ornos y baños, y no faltaban recursos para pasar una vida mole y voluptuosa: rodeaban la ciudad varias aldeas bien pobladas. A dos leguas de ella estaba una sierra redonda que tiene de subida otras dos, y de cerco y rodeo mas de quince. Allí se cuaja mucha nieve: hoy se llama S. Bartolomé, ó cerro de la *Malinche*, y antiguamente *Matlacueye* que era la diosa de la agua, así como *Ometochtli* era el dios del vino. El dios principal era *Camaxtli*, ó por otro nombre *Mixcóhatl*, y su templo estaba en el bårrio de *Ocotelolco* en el cual (dice Chimalpain cap. 52) se sacrificaban todos los años ochocientos ó mas hombres. Hablabanse tres idiomas en Tlaxcallan, el *Nahuatl* que era el cortesano, el *Otomí*, y el *Ponomex* que era grosero que se usaba en un solo bårrio. Cortés que veía tan excelentes disposiciones en esta nacion para recibir el evangelio no cesaba de hablarles de mudanza de religion. Respondíanle algunos que de grado lo harían, pero que temían ser apedreados por la furia del pueblo: otros temían desagradar á unos dioses que habían adorado sus padres, y con varios pretestos todos se resistían. No era aun tiempo de entrar la mano enérgicamente en esto pues entre muchos motivos el principal era que no había sacerdotes para la enseñanza, y era preciso pasar á México: contentóse, pues, con suplicarles le permitiesen colocar en el templo donde estaba acuartelado una cruz, y la imagen de Maria Santísima, pretension que otorgaron de buena

gana. Así es que durante la estada de Cortés se celebraron los divinos oficios diariamente con bastante piedad; era este un espectáculo nuevo para los indios, que se mostraban muy amigos de los españoles, pero especialmente *Maxiscatzin* que jamás se apartaba de Cortés, y era incansable en hacerle cariños.

Diez y siete dias permaneció Cortés en Tlaxcallan y al cabo de ellos despues de haber recibido nuevos embajadores de México resolvió marchar para esta capital. Muchas dudas se suscitaron sobre el camino que debería tomar para llegar á ella sin tropiezo. Despues de varias pláticas tenidas con los Tlaxcaltecas sobre esto, acordó marchar por el de Cholollan, aunque con notable repugnancia de Maxiscatzin. Cortés salió de Tlaxcallan bien prevenido contra los chololtecas, y aunque le ofreció el senado un numeroso ejército que le acompañase, solo aceptó tres mil soldados haciendo que retrocediesen los muchos que habían reunido al efecto. Acompañaronlo tambien muchos mercaderes de Tlaxcallan para proveerse de sal de México prevalidos de su proteccion. Cumpliéronse los vaticinios de los Tlaxcaltecas, pues en Cholollan fué descubierta á tiempo la trama urdida por los mexicanos para acabar con los españoles. Concluida la matanza que Cortés hizo en los de Cholollan, se presentó un ejército de Tlaxcallan en su auxilio que tambien hizo revolver Cortés, y continuó hasta México con el trozo auxiliar de aquella república que le sirvió de mucho despues para poder salir con vida en julio del año siguiente en la llamada *noche triste*.

Cuando este acontecimiento llenó de amargura á los españoles reducidos al corto número de 440 de mil trescientos con que contaba Cortés cuando regresó á México dada la sorpresa á Pánfilo de Narváez en Zempoalan, (1) fijaron su esperanza en Tlaxcallan, y á la verdad que no se equivocaron. El senado de esta república muerto Mochtezuma fué interpelado por su sucesor Cuitlahuatzin para que haciendo causa comun con los mexicanos acabasen con el puñado de españoles que había quedado: resistióse á ello con tanta energia cual no era de esperar en el comun de los

(1) *El Padre Clavijero dice que en seis dias, contados desde el en que entró en México, murieron 870 españoles.*

hombres; de modo que Xicotencatl riñó con su hijo que le exhórtaba á que adoptase esta medida. Tlaxcallan fiel amiga de Cortés lo recibió derrotado con la misma buena voluntad que cuando entró victorioso. Maxiscatzin se llenó de amargura al saber la desgracia de los españoles: estos antes de entrar en la ciudad fueron recibidos por la nobleza de Tlaxcallan en Hueyolipan, habiendo allí descansado tres dias: Maxiscatzin ofreció hasta su mismo lecho á Cortés para que en el se curara de las heridas que habia recibido en Méjico, y principalmente de la de la cabeza que era de gravedad. Cortés procuró corresponder á sus obséquios regalándole el estandarte mexicano que quitó en Otumba, y que le dió la victoria; vistió luto por una hija de Maxiscatzin llamada Doña Elvira en el bautismo, que acababa de morir (parece que de la peste de viruelas que entonces era general y que habian traido los españoles de Narváez) y finalmente se condujo como el mas fiel y cumplido amigo y cortesano.

Al tránsito de Cortés por Tlaxcallan habia dejado en esta ciudad en depósito, toda ó la mayor parte de los obséquios que habia recibido de los caciques, y aun del mismo Mochtezuma desde que desembarcó para aligerar su viage: conservaróselos religiosamente los Tlaxcaltecas sin faltar nada de ellos, de manera que se los devolvieron cuando los pidió, y ciertamente que le vinieron bien á los españoles que estaban á la sazón tan hambrientos como desnudos y miserables.

El hombre menos refléxivo no podrá dejar de admirar tanta constancia y fidelidad en una época en que no era de esperarse la reposición del ejército de Cortés, y cuando nada es mas comun en el mundo que despreciar al abatido; mas cuando los sucesos corren de cuenta de la providencia, los males se tornan en bienes, y de las mismas pasiones hace el cielo resultar las virtudes. El odio de los mexicanos fué (digámoslo así) la base sobre que se cimentó esta amistad extraordinaria, y por él los Tlaxcaltecas fueron el instrumento principal de la conquista de los mexicanos. Era este un decreto terminante de Dios de que no podrán lisonjearse los españoles, ni mirarlo como la causa ó fundamento de ese decantado derecho de legitimidad con que ahora pretenden sojuzgarnos volviéndonos á la an-

tigua servidumbre; ¡degraciado es el pueblo á quien Dios escoge para instrumento de sus venganzas! él no debe lisonjearse de ejerzerlas, como no debe hacerlo un hombre destinado por la autoridad pública para ser el verdugo ejecutor de los criminales que expían sus delitos en los patibulos.

Hecha la conquista de Méjico con el auxilio de los Tlaxcaltecas, estos aunque vencedores de los mexicanos quedaron en realidad vencidos. Ellos sufrieron mucha disminucion en su poblacion numerosa por la epidemia de viruelas, y por la pestilencia que sobrevino generalmente despues de la conquista, asi como por la guerra de Méjico. Cortés que habia pactado con aquella nacion dividir sus conquistas, para ponerla fuera del estado de poder reclamar el cumplimiento de lo estipulado, extrajo de Tlaxcallan gruesos destacamentos con achaque de sujetar á algunos pueblos rebelados, y no contento con esto los hizo colonizar; asi es que hay varias poblaciones en lo interior que conservan su idioma, usos y costumbres, y hasta su nombre, como el pueblo de Tlaxcalilla, cerca de S. Luis Potosí. Tan importantes servicios correspondidos de este modo tampoco fueron dignamente remunerados por la corte de España que se limitó á indultar á Tlaxcallan del tributo comun de los demás pueblos, infatuándola con ridículos escudos de nobleza, moneda corriente entre los españoles, pero que aunque ha sido imaginaria para otras naciones, para esta cual mina riquísima le ha producido grandes tesoros.

Antes que se fundase el obispado de Méjico se planteó el de Tlaxcallan proveyéndose en D. Fray Julian Garcés religioso dominico: la silla fué trasladada á la ciudad de la Puebla de los Angeles. Este obispo llegó á Méjico el 19 de octubre de 1527 con Fr. Diego Loayza, á la sazón que habia grandes revueltas entre Cortés y Alonso de Estrada, siendo su presencia de tanto interés como que promedió entre ámbos, y cortó las ruidosas diferencias que los agitaban. Lamóse la Diócesis de Tlaxcallan *Carolensis* en honor de Carlos V. Los españoles por lo comun ignoraban el arte de hacer felices á estos pueblos, y de felicitarse asi mismos; tenian en aquella época fijada su felicidad en sacar la mayor cantidad de oro y plata posibles, y Carlos V. era el primero que se mostraba avaro y codi-

cioso; él sostenia grandes guerras en Alemania con varios príncipes que se habian declarado partidarios y protectores de la reforma de Lutero, y para llevar adelante sus ideas quijotescas, y flotar sus pendones sobre los muros de Argél habia aquejado á los españoles exigiéndoles cuantiosos donativos, hollando la representacion nacional de las cortes castellanas, y sobre todo esclavizando á aquella nacion en los campos de *Villalár*. No es mucho que la hez española venida á conquistar esta América desconociese en ella sus intereses, y llevase adelante la obra de su total ruina y destruccion. Sin embargo es menester confesar que entre los gefes que vinieron á reparar los desastres de los conquistadores, asi como entre los primeros misioneros franciscanos presididos por Fr. Martin de Valencia, no faltó uno ú otro génio benéfico que se interesaron eficazmente en el bien estar de los indios: tal fué el sr. obispo de Sto. Domingo, Fuen-Leal, presidente de la segunda audiencia que se esmeró en aliviar á los indios de Tlaxcallan. El fué el que mandó fundar la ciudad de Puebla precisamente por evitar que Tlaxcallan fuese lugar de preciso tránsito para los españoles que venian de Veracruz, y que causaban á los indios muchas molestias y vejaciones. El fué el que se esmeró tambien en que se multiplicase la crianza de ganados, en que se cultivase la grana cochinilla, y se animase el comércio de este fruto preciosísimo de nuestra América: tambien Cortés por su parte habia recavado de la corte la releva de tributos, y que los Tlaxcaltecas no se diesen en encomienda á los conquistadores; pero ya era tarde, el daño estaba hecho, Tlaxcallan se veía disminuido y en esqueleto: su inmensa poblacion habia desaparecido en la mayor parte, y caminaba rápidamente á su total ruina; estos eran paliativos que no podian curar de raiz el mal.

Como Tlaxcallan habia sido la primera Diócesis señalada por el emperador con anuencia de Roma, muy luego tuvo un convento de franciscanos que se aplicaron á la propagacion del evangelio. Bautizáronse despues de la conquista de México los primeros señores de la república, aunque no todos lo hicieron por inclinacion natural sino por política, y porque la religion cristiana que era la de los conquistadores (en el nombre) supuesto el trastorno y pér-

didada de la libertad pública, era la religion del Estado. Uno de los bautizados de este modo fué D. Cristobal de *Axótecatl* el cual por su miséria cayó en *relapsia*, y tornó al culto de sus dioses. Un hijo suyo llamado Cristobal como su padre, dicho por pequeño *Cristobalito*, se educaba en el convento de los padres franciscos donde se instruyó en la religion, y era muy amado de ellos. Cuando iba á la casa de su padre lo exhortaba á que volviera al seno de la iglesia, pero viendo que eran inútiles sus ruegos interesó á su madre para que recavase de su esposo la enmienda. Hizo lo asi la señora, pero inutilmente; su corazon se habia obsecado, de modo que en vez de prestarse á sus piadosas insinuaciones montó en cólera y la dió muerte. Tan horrendo atentado no arredró al niño *Cristobalito*, pues volvió á repetir sus ruegos á su endurecido padre, pero este infeliz abandonado de la mano de Dios, un dia cuando su hijo estaba mas descuidado le dió tan fuertes golpes que tambien le quitó la vida. Llevó aun mas adelante su enojo, porque dispuso una hoguera en su casa donde arrojó el cuerpo del niño; pero sea porque los jugos del cuerpo resistieron la accion del fuego, ó porque asi lo quiso el cielo, el cadáver quedó íntegro, y asi dispuso enterrarlo en un cuarto bajo de su casa. Echáronlo menos los padres franciscanos, y recelando alguna desgracia se dieron á hacer las mas prolixas averiguaciones á merced de las cuales supieron las desgracias del niño y de su madre. Arrestóse al Cacique *Axótecatl*, el cual convicto de sus crímenes y despues confeso, fué sentenciado por D. *Martin Calahorra* (ante quien se siguió la causa) al último suplicio. Hernan Cortés lo hizo ahorcar y presidió la ejecucion *Martin Hircio* que vivia en Tepeaca, y fué especialmente comisionado para ella. *Axótecatl* murió reconciliado con la iglesia, y con demostraciones de arrepentimiento. Recogidos los huesos de las inocentes víctimas que inmoló, se llevaron al convento de S. Francisco de Tlaxcallan donde esperan la voz de la resurreccion universal y gloriosa que les preparó aquel martirio. *Axótecatl* era Cacique, y natural del pueblo de *Atlihuetzin* en la provincia de Tlaxcallan: hecho tan ruidoso que otros refieren de otro modo, he creído deber consignarlo en la historia.

Tal es el cuadro que he podido trazar de una nacion

